

Reseña/Review (Lepore, Jill, “If...then. How the Simulmatics Corporation invented the future”, Liveright, ISBN: 9781631496103, 415 págs., 2020)



¿Qué tienen en común Kennedy, Nixon, la lucha por los derechos civiles, los primeros visionarios de la *web*, la guerra de Vietnam y los pioneros de las ciencias sociales como Laswell o Lazarsfeld? Todos son personajes y momentos señeros de una de las décadas más convulsas de la historia contemporánea de EE.UU. Todos estuvieron en la órbita

de una compañía de tecnología ahora olvidada: Simulmatics Corporation.

Este libro de la historiadora Jill Lepore se lee como una novela, pero es una muy útil herramienta para pensar sobre los desafíos que en el presente afrontan las compañías tecnológicas y el uso de los datos masivos. Viene a sumarse a una tendencia de publicaciones que empiezan a cuestionar el rol que internet está jugando en nuestra sociedad y a ofrecer posibilidades alternativas para su funcionamiento y regulación. En este caso, Lepore apenas menciona a Facebook o Google, pero su mirada histórica permite contextualizar nuestros actuales problemas en un marco en el que confluyen la tecnología, la política, los medios de comunicación y las ciencias sociales.

Simulmatics fue la creación de un hombre del mundo de la publicidad. Ed Greenfield estaba harto de ver cómo el partido demócrata perdía las elecciones rechazando hacer uso de la publicidad que tan buenos resultados les daba a los republicanos. Cuando por fin los demócratas se lanzaron a hacer anuncios, las grandes agencias ya no estaban disponibles, así que recurrieron a Greenfield. De la mano de un grupo de científicos sociales ligados al Centre for Advance Study of Behavioural Sciences (Harold Laswell, y sobre todo Ithiel de Sola Pool) la empresa de Greenfield ofrecía un servicio innovador: el uso de un ordenador para analizar ingentes cantidades de datos para orientar la estrategia de campaña. Esta propuesta se sumaba a la naciente inteligencia artificial propugnada por Claude Shannon, uno de los padres de la teoría de la información, basada en la conjetura de que cualquier aspecto del aprendizaje o cualquier logro de la inteligencia puede ser descrito de forma tan precisa que una máquina sea capaz de simular el proceso (Lepore, 2020, p. 71). Para ello, se contaba con un nuevo lenguaje de programación, el FORTRAN, basado en la lógica binaria: *if... then*. Si se da A, hágase B.

Los creadores del lenguaje FORTRAN eran conscientes de que su programación tenía límites. FORTRAN

es capaz de expresar cualquier problema de computación numérica, pero, para los problemas basados en palabras con significado lógico y no numérico, es menos satisfactorio (Lepore, 2020, p. 71). Pero la tierra de conquista para el conocimiento que se abría de la mano de la inteligencia artificial y su promesa de generosos beneficios era tan suculenta que el reconocimiento de sus limitaciones no frenó la implantación de estos sistemas.

El primer trabajo de simulación de Simulmatics fue un éxito: predijeron que Kennedy podría ganar a Nixon si apostaba por los derechos civiles para conquistar el voto negro y si mantenía su catolicismo fuera de la campaña. Incluso su dominio de los debates televisivos, un clásico de la comunicación política, vino guiado por los datos de Simulmatics. Kennedy ganó por un puñado de votos y Simulmatics se convirtió en el aliado que todos querían tener cerca.

Simulmatics intentó entonces ampliar su campo de acción para trabajar dentro de las industrias culturales. Para su pesar, descubrieron que era un campo poco adecuado: no es posible construir un modelo sin datos, y esas compañías tenían muy pocos sobre quién compraba discos o leía las revistas (Lepore, 2020, p. 136). Uno de los directivos de Simulmatics informó sorprendido a sus superiores de que no solo les faltan datos sobre actitudes y prácticas de la gente que va al cine, sino que, de forma más llamativa, tampoco los tienen sobre la asistencia a los cines (Lepore, 2020, p. 136). Simulmatics estaba imaginando el modelo de negocio de Netflix medio siglo antes de que naciese.

Con la Guerra Fría en pleno apogeo y Vietnam engullendo cada vez más vidas estadounidenses, buena parte de la investigación avanzada del país estaba financiada por el Departamento de Defensa. En esos años nace ARPA, que daría después lugar a Arpanet, origen de internet. Simulmatics desarrolló sus siguientes trabajos de la mano de dicho complejo militar-industrial que el presidente Eisenhower denunció en su discurso de despedida del cargo: «un contrato de defensa se ha convertido en el sustituto de la curiosidad intelectual» (Lepore, 2020, p. 134).

De Sola Pool ya había intentado inventar una especie de radar ideológico capaz de detectar el *bip bip* de la agitación política (Lepore, 2020, p. 55) de la mano de Harold Laswell en Stanford a finales de los años 1940. A finales de los años sesenta, los investigadores de Simulmatics ofrecieron usar sus ordenadores para predecir los disturbios callejeros que estallaron en todo el país,

con malos resultados, lastrados por el diseño pobre, la falta de conocimiento (*expertise*) y una infrarrepresentación de los grupos sociales más importante (Lepore, 2020, p. 265). La preocupación principal de los investigadores era el efecto de los medios de comunicación y la capacidad de los factores demográficos para generar lugares problemáticos. Pero no se preocuparon por la dificultad de señalar el límite entre una manifestación pacífica reprimida por la policía y una acción ilegal (Lepore, 2020, p. 264) ni en prevenir los problemas reales que latían tras los disturbios (Lepore, 2020, p. 263). Una nueva anticipación sobre la incapacidad de la tecnología (hoy presente a través de los algoritmos) para manejar la complejidad cultural, legal y moral.

Al mismo tiempo, Simulmatics se alistó en la guerra de Vietnam con el objetivo de medir la adhesión de la población civil a los Estados Unidos y su rechazo al comunismo del Vietcong. Pero el peligro de la misión y el rechazo de los jóvenes y los liberales a la guerra hicieron que muchos de sus científicos más preparados se negasen a viajar allí. Y existía un problema aún mayor: los norteamericanos no eran capaces de manejar el idioma local y no generaban confianza alguna; los intérpretes vietnamitas cambiaban las preguntas que tenían que hacer; los campesinos no respondían a esas preguntas y los intérpretes cambiaban las respuestas de los campesinos cuando las traducían (Lepore, 2020, p. 248). A pesar de la ingente cantidad de recursos que Simulmatics obtuvo del Departamento de Defensa, sus resultados fueron pobres de nuevo.

Los fracasos se sumaron al rechazo de la tecnología de los jóvenes contraculturales para apagar la estela de Simulmatics. De Sola Pool fue acusado de ser un criminal de guerra por los estudiantes del MIT mientras que en San Francisco los universitarios se manifestaban en los campus al grito de «no somos tarjetas de datos de IBM». En 1970 los manifestantes que fueron a protestar a la sede de Simulmatics cerca de Harvard descubrieron que la empresa ya no existía.

La ambición de Simulmatics de convertir la ciencia social (del comportamiento) en un arma psicológica contra el comunismo encontró críticos en su momento. Newton Minow, que fue presidente de la Comisión Federal de Comunicaciones (FCC) y uno de los padres de la TV pública educativa (*Public Broadcasting Service*) en EE.UU., manifestó ante Arthur Schlesinger, que fue después asesor de Kennedy, que la propuesta de Simulmatics era inmoral y debía ser declarada ilegal, además de ser inútil (Lepore, 2020, p. 94). Minow sabía bien lo que decía: las primeras reuniones de los investigadores de la compañía se hicieron en su casa de verano porque su hija estaba casada con uno de ellos. En 1975, Jerome Weisner, presidente del MIT, alertó en un informe al Se-

nado de los riesgos de una tiranía de la información debido a la falta de garantías sobre la recolección de datos y sus efectos sobre la privacidad (Lepore, 2020, p. 315). Weisner además propuso que la FCC se convirtiese en un agente de control de los datos. Mucho antes, en 1963, se había propuesto la creación de un archivo nacional de datos para la investigación social.

Pero estas iniciativas de intervención pública, nacidas de la suspicacia hacia la importancia que el tratamiento masivo de datos podría llegar a tener, fueron engullidas por el tiempo. De Sola Pool publicó en 1983 su libro *Technologies of freedom* y se convirtió en el profeta de un internet libre de regulaciones que daría lugar a Google y a Facebook. De forma paradójica, los mismos científicos sociales que aspiraban a manipular los datos para manejar a las masas de la mano de suculentos contratos de defensa abogaban ahora por el libertarismo. Entre la extinción de Simulmatics y la aparición de los nuevos gigantes de internet, Silicon Valley se convirtió en el centro de la nueva cultura. Al contrario que sus antepasados de la Guerra Fría, su interés no era la seguridad nacional, su interés era el beneficio económico (Lepore, 2020, p.325).

Como ha insistido Manuel Castells, la huella de la contracultura es uno de los motores de la globalización. Su cosmopolitismo, su apuesta por la innovación y la creatividad, su optimismo y su rechazo a la autoridad estatal han sepultado la desconfianza en la tecnología que movilizó a los estudiantes de San Francisco en 1968. Los escándalos de Cambridge Analytica, la absorción de nuestra atención por los algoritmos de YouTube o Netflix y la privatización de nuestra experiencia desde Google son herederos de los intentos de Simulmatics de predecir y dirigir el futuro. También la falta de regulación de la red, la polarización política y el desprecio de la capacidad del Estado para asegurar el bien común. El futuro debería llegar sin ninguna traba y sin mirar hacia atrás, predicando los profetas de la red.

Pero como señala Lepore en el capítulo final, la invención del futuro tiene una historia, y es un cuento moral que advierte de los peligros de tratar a los seres humanos como meros agregados que se mueven en función de leyes previsible. Lo que importa no es solo el futuro que está por llegar, sino lo que permanece a través de las décadas y los siglos: la complejidad de la acción humana, la lucha de las comunidades por la libertad y la responsabilidad de los investigadores con los valores democráticos de la sociedad que financia sus proyectos.

Héctor Fouce
 Universidad Complutense de Madrid (España)
hfouce@uclm.es
<https://orcid.org/0000-0001-8081-0756>